

# Prólogo

Múnich, Alemania / Bali, Indonesia

—Hablo ruso bastante bien —dijo el secretario de Defensa Bud Halliday—, aunque prefiero hablar en inglés.

—Me parece bien —replicó el coronel ruso con un marcado acento eslavo—. Siempre es una satisfacción hablar otros idiomas.

Halliday dedicó al hombre una sonrisa avinagrada en respuesta a su pulla. Era un lugar común el que los norteamericanos sólo querían hablar inglés cuando estaban en el extranjero.

—Bueno. Así acabaremos esto más deprisa. —Pero en lugar de empezar, se quedó mirando fijamente una pared llena de malas reproducciones de fotografías de grandes del jazz como Miles Davis y John Coltrane, copias, no tuvo ninguna duda, de fotos aparecidas en la prensa.

Después de ver al coronel en carne y hueso, había empezado a pensarse mejor lo de aquella reunión. Por un lado, era más joven de lo que Halliday había imaginado. Llevaba muy corto, al estilo de los militares rusos, el pelo rubio tupido, sin un solo rizo. Por otro, parecía un hombre de acción; Halliday observó que los músculos se le marcaban bajo la tela de su traje barato. El sujeto poseía una serenidad que le inquietó, aunque eran sus ojos —claros, hundidos e imperturbables— lo que verdaderamente desconcertó al secretario. Era como si estuviera viendo una fotografía de unos ojos, más que los ojos en sí. La nariz protuberante y llena de venas no hacía más que resaltar la implacable singularidad de aquellos ojos: era como si el hombre no tuviera alma y sólo se manifestara una voluntad incommovible, como algo antiguo y perverso. Hallyday había leído algo al respecto en un cuento de H. P. Lovecraft cuando era adolescente.

Sofocó el impulso de levantarse e irse sin mirar atrás en ningún momento. Pero había llegado hasta allí por un motivo, se recordó.

La niebla que asfixiaba Múnich —de la misma tonalidad exacta que el desagradable gris de los ojos de Karpov— era un fiel trasunto del estado de ánimo de Halliday. Deseaba vehementemente no tener que volver a ver aquel despreciable remedo de ciudad. Por desgracia, allí estaba, en aquel olvidado club de jazz subterráneo atestado de humo, después de que una limusina Lincoln blindada lo dejara en una Rumfordstrasse infestada de turistas. ¿Qué era lo que tenía tan de especial aquel ruso, como para hacer que el secretario de Defensa de Estados Unidos se desplazara casi siete mil kilómetros hasta una ciudad que despreciaba? Boris Karpov era coronel de la FSB-2, según parecía la nueva agencia policial antidroga rusa. Y un buen reflejo del meteórico ascenso al poder de la FSB-2, era que uno de sus oficiales pudiera hacer llegar un mensaje a Halliday, e incluso que consiguiera hacerlo salir de Washington.

Pero Karpov había sugerido que podía entregarle algo que Halliday ansiaba muchísimo. Puede que el secretario de Defensa se hubiera preguntado de qué podría tratarse, aunque había estado demasiado ocupado intentando adivinar qué querrían los rusos a cambio. Que en esos acuerdos siempre mediaba un *quid pro quo* era algo que Halliday sabía muy bien; era un veterano de las luchas políticas internas que siempre rodeaban al presidente como una tormenta de arena. Y también sabía muy bien que los *quid pro quo* podían ser dolorosos de aceptar, aunque el nombre del juego político, tanto nacional como internacional, era compromiso.

Aun así, de no haber sido por la repentina fragilidad de su posición con el presidente, Halliday tal vez no habría aceptado la oferta de Karpov. La inesperada y sorprendente defenestración de Luther LaValle, el zar de la inteligencia nombrado a dedo por él, había socavado los apoyos políticos de Halliday. Amigos y aliados por igual lo criticaban y cuestionaban a sus espaldas, y había tenido que empezar a preguntarse cuál de ellos sería el primero en clavarle el metafórico cuchillo en la espalda.

Pero había estado en la brecha el tiempo suficiente para comprender que la esperanza llega a veces bajo formas tan aparente-

mente desagradables como un lecho de clavos. Así que confiaba en que el acuerdo de Karpov le proporcionara el rédito político que restableciera inmediatamente su prestigio ante el presidente y su cuota de poder dentro del sistema multinacional de la industria del armamento.

Cuando el trío del escenario empezó su ruidosa actuación, Halliday repasó mentalmente una vez más el expediente de Boris Karpov, como si en esa ocasión fuera a encontrar alguna información más, cualquier cosa, incluida una foto del coronel, daba igual el grano que tuviera o lo desenfocada que estuviera. No existía tal foto, por supuesto, ni más información que las cuatro manidas frases en la única hoja rotulada con un afiligranado «MÁXIMO SECRETO». Dadas las desdeñosas relaciones de la Administración con Rusia, la NSA, la Agencia Nacional de Seguridad, tenía un conocimiento limitado del funcionamiento interno del sistema político ruso, por no hablar del FSB-2, cuyo cometido a la sazón era altamente secreto, bastante más que el del FSB, el heredero político de lo que otrora había sido el KGB.

—Señor Smith, parece distraído —comentó el ruso. Habían acordado que en público utilizarían los seudónimos de señor Smith y señor Jones.

El secretario giró la cabeza en redondo. En entornos subterráneos se sentía profundamente incómodo, al contrario que Karpov, que se le antojaba cada vez más una criatura de las tinieblas. Levantando la voz para que su interlocutor le oyera por encima del rítmico estruendo, dijo:

—Nada más lejos de la realidad, señor Jones. Me limito a asimilar el peculiar ambiente que ha escogido con la dicha de un turista.

El coronel soltó una risa ronca y gutural.

—Tiene un curioso sentido del humor, ¿no le parece?

—Me tiene completamente calado.

—Eso está por ver, señor Smith —replicó el ruso tras una sonora carcajada—. Dado que ni siquiera conocemos a nuestras esposas, parece improbable que conozcamos a nuestros... homólogos.

El pequeño titubeo hizo que Halliday se preguntara si Karpov no iba a decir «adversarios», en vez de la neutra palabra que había escogido. No se molestó en preguntarse si el ruso era consciente de su posición política, porque eso no tenía ninguna importancia. Lo único que le preocupaba era si el acuerdo que se iba a proponer lo ayudaría.

El trío cambió bruscamente de ritmo, la única pista que tuvo el secretario de que habían cambiado de repertorio sin solución de continuidad, y entonces se encorvó sobre la cerveza demasiado amarga que apenas había tocado. En aquel garito ni siquiera tenían Coors.

—Prosigamos con el asunto, ¿de acuerdo?

—De inmediato. —El coronel Karpov colocó las manos sobre sus antebrazos dorados. Tenía cicatrices en los nudillos, que amarilleaban a causa de los callos, lo que les hacía parecer tan escabrosos como las Montañas Rocosas—. Sé, señor Smith, que no tengo que explicarle quién es Jason Bourne, ¿cierto?

Al oír el nombre Halliday endureció la expresión, y tuvo la misma sensación que si el ruso le hubiera rociado con gas refrigerante.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó inexpressivamente.

—Lo que le estoy diciendo, señor Smith, es esto: que mataré a Jason Bourne por usted.

Halliday no perdió el tiempo preguntándole cómo sabía que quería a Bourne muerto; durante el último mes la NSA había desarrollado suficiente actividad en Moscú como para dejarle sobradamente claro a un ciego sordomudo que Bourne era un blanco que exterminar.

—Muy magnánimo por su parte, señor Jones.

—Oh, no, señor, de magnánimo nada. Tengo mis motivos particulares para quererlo muerto.

Al oír tal reconocimiento el secretario se relajó un poco.

—Muy bien, digamos que mata a Bourne. ¿Qué es lo que quiere a cambio?

En los ojos del coronel apareció lo que algún otro podría haber calificado de brillo, pero a Halliday, que todavía andaba intentan-

do calibrar al ruso, le pareció como si alguien hubiera caminado sobre la tumba de Bourne. La muerte le había guiñado un ojo.

—Conozco esa mirada, señor Smith. Sé que se espera lo peor..., una suma elevada. Pero a cambio de que me dé permiso para quitar a Bourne de en medio con total impunidad frente a las consecuencias de los daños o molestias colaterales, quiero que usted elimine a una odiosa espina que tengo clavada.

—A quien no puede eliminar por sus propios medios.

Karpov asintió con la cabeza.

—Me tiene completamente calado, señor Smith.

Los dos hombres se echaron a reír al mismo tiempo, aunque el tono de cada uno fue absolutamente diferente.

—Bueno. —Halliday formó un triángulo con los dedos—. ¿Y quién es el objetivo?

—Abdulla Khoury.

Al secretario se le cayó el alma a los pies.

—¿El líder de la Hermandad de Oriente? Cojones, ya puestos, podría pedirme que asesinara al Papa.

—Asesinar al Papa no nos reportaría nada provechoso a ninguno de los dos. Pero asesinar a Abdulla Khoury, bueno, eso es harina de otro costal, ¿no le parece?

—Por supuesto que me parece. El hombre es un maníaco islamista radical, además de una amenaza. Y en este momento está haciendo manitas con el presidente de Irán. Pero la Hermandad de Oriente es una organización con implantación en todo el mundo. Khoury tiene muchos amigos en esferas muy altas. —El secretario meneó la cabeza con una buena dosis de vehemencia—. Intentar eliminarlo sería un suicidio político.

Karpov asintió con la cabeza.

—Eso es una verdad incuestionable. Pero ¿qué pasa con las actividades terroristas de la Hermandad de Oriente?

Halliday soltó un bufido.

—Castillos en el aire; rumores, en el mejor de los casos. Nadie de nuestros servicios secretos ha encontrado jamás la menor prueba fiable de que la Hermandad tenga relación con ninguna organización terrorista. Y créame, lo hemos intentado.

—De eso no me cabe ninguna duda, lo cual significa que no encontraron ninguna prueba de actividad terrorista en la residencia del profesor Specter.

—No hay la menor duda de que el buen profesor era un cazador de terroristas, pero en cuanto a las acusaciones de que fuera algo más... —Halliday se encogió de hombros.

Una inesperada sonrisa se enseñoreó de la cara del coronel, y sin previo aviso un sobre marrón apareció entre ellos encima de la mesa.

—Entonces encontrará esto de especial valor. —Como si moviera su reina para dar jaque mate, Karpov deslizó el sobre hacia Halliday.

Cuando el secretario rasgó el sobre y examinó el contenido, el ruso continuó.

—Como ya sabe, el FSB-2 se ocupa principalmente del tráfico de drogas internacional.

—Eso he oído —dijo Halliday con aspereza, porque sabía perfectamente que el campo de acción del FSB-2 era muchísimo más amplio.

—Hace diez días —prosiguió Karpov—, iniciamos la fase final de una operación antidroga en México en la que llevábamos trabajando más de dos años, porque una de nuestras *grupperovka* de Moscú, la Kazanskaya, ha estado buscando un canal de distribución seguro desde que se metió en el tráfico de drogas.

Halliday asintió con la cabeza. Tenía una ligera idea de quién era la Kazanskaya, una de las familias criminales más destacadas de Moscú, y su jefe, Dimitri Maslov.

—Tuvimos un éxito rotundo, me complace decir —siguió el coronel—. En la redada definitiva en la casa del difunto señor de las drogas Gustavo Moreno confiscamos un ordenador portátil antes de que pudieran destruirlo. La información que está leyendo proviene del disco duro.

A Halliday se le habían helado las yemas de los dedos. La copia impresa estaba atiborrada de números, referencias y notas.

—Ése es el rastro del dinero. El cártel mexicano de las drogas estaba financiado por la Hermandad de Oriente. El cincuenta por

ciento de los beneficios se destinaban a comprar armas, que eran enviadas a diversas ciudades portuarias de Oriente Próximo a través de Air Afrika Airways.

»La cual es propiedad absoluta de Nikolai Yevsen, el mayor traficante de armas del mundo. —El coronel carraspeó—. Para que lo entienda, señor Smith, algunos poderosos elementos de mi Gobierno están aliados con Irán, porque queremos su petróleo y ellos quieren nuestro uranio. Hoy día la energía puede con todo lo demás, ¿no le parece? Así que, con respecto a Abdulla Khoury, me encuentro en la molesta posición de poseer las pruebas que lo implican en actividades terroristas y, sin embargo, no poder actuar en consonancia. —Ladeó la cabeza—. Posiblemente usted pueda echarme una mano.

Acallando el estruendo de su corazón, Halliday dijo:

—¿Y por qué quiere hacer desaparecer a Khoury?

—Se lo podría decir —respondió Karpov—, pero luego, lamentablemente, tendría que matarlo.

Aquella era una vieja broma, manida hasta decir basta, pero en los ojos implacables y claros del coronel apareció una vez más aquel brillo inquietante que provocó un escalofrío en el secretario, y absurdamente se le ocurrió que Karpov podría no estar hablando en broma. Aquella no era una teoría que estuviera deseoso de comprobar, así que tomó su decisión con rapidez.

—Acabe con Jason Bourne, y utilizaré todo el poder del Gobierno norteamericano para poner a Abdulla Khoury donde le corresponde.

Pero el coronel ya estaba meneando la cabeza.

—Eso no es suficiente, señor Smith. Ojo por ojo, ése es el verdadero significado del *quid pro quo*, ¿no es así?

—Nosotros no asesinamos a la gente, coronel Karpov —dijo Halliday con fría formalidad.

El ruso se rió desconsideradamente por lo bajinis.

—Por supuesto que no —replicó con sequedad, y se encogió de hombros—. Da lo mismo, *secretario Halliday*. Yo no tengo esa clase de escrúpulos.

Halliday titubeó, aunque sólo momentáneamente.

—Sí, por supuesto, en el acaloramiento del momento olvidé nuestro protocolo, señor Jones. Envíeme todo el contenido del disco duro y se hará lo que pide. —Sacando fuerzas de flaqueza, miró aquellos ojos claros de hito en hito—. ¿De acuerdo?

Boris Karpov hizo un seco saludo militar con la cabeza.

—De acuerdo.

Cuando el coronel salió del club de jazz localizó el Lincoln de Halliday y a los guardaespaldas del Servicio Secreto desplegados por aquella manzana de la Rumfordstrasse como soldaditos de hojalata. Empezó a caminar en sentido contrario y, después de doblar una esquina, se hurgó en la boca y se sacó las prótesis de plástico que le habían transformado la forma de la mandíbula. Se agarró la protuberancia venosa de su nariz de látex y se la arrancó, así como la masilla de actor que la adhería, hecho lo cual se quitó las lentillas de color gris y las guardó en una caja de plástico. Volvía a ser él de nuevo. Se rió. En el FSB-2 había un coronel que se llamaba Boris Karpov; de hecho, Karpov y Jason Bourne eran amigos, razón por la cual Leonid Danilovich Arkadin había escogido a Karpov para suplantarle. La ironía le resultaba seductora: el amigo de Bourne proponiendo liquidarlo. Además, Karpov era una hebra más en la tela de araña que estaba tejiendo.

Por parte del político norteamericano no había peligro; Arkadin sabía a la perfección que la gente de Halliday no tenía la menor idea del aspecto de Karpov. Sin embargo, aunque su adiestramiento en Treadstone le había enseñado a no dejar nunca nada al azar, había una buena razón para que se hubiera convertido en una aproximación visual del coronel.

Pasando desapercibido entre la vorágine de pasajeros, cogió el metro en Marienplatz. Tres estaciones y cuatro manzanas más tarde, en el lugar especificado, encontró un coche completamente anodino que lo estaba esperando. En cuanto subió a él, el vehículo arrancó y se dirigió al Aeropuerto Internacional Franz Josef Strauss. Tenía una reserva en el vuelo de Lufthansa de la 01.20 con destino a Singapur, donde cogería el vuelo de las 09.35 a Denpa-

sar, en Bali. Había sido más fácil seguir el rastro del paradero de Bourne —la gente de NextGen Energy Solutions, donde trabajaba Moira Trevor, sabían adónde habían ido los dos— que robar el ordenador portátil de Gustavo Moreno. Pero tenía a varios hombres infiltrados en la Kazanskaya, y uno de ellos había tenido suficiente suerte para estar en casa de Gustavo Moreno una hora antes de producirse la redada de la FSB-2. Y había huido con las pruebas inculpatorias que en ese momento colocaban a Abdulla Khoury a dos metros bajo tierra. En cuanto Arkadin matara a Bourne.

Jason Bourne estaba en paz. Por fin había superado la muerte de Marie y la culpa se había disipado de su corazón. Estaba tumbado al lado de Moira en un *bale*, un enorme sofá cama balinés con techo de paja soportado por cuatro postes de madera tallados. El *bale* estaba adosado a un muro bajo de piedra a un lado de la infinita piscina de tres niveles que daba al estrecho de Lombok, en el sudeste de Bali. Dado que los balineses estaban pendientes de todo y no se olvidaban de nada, después del primer día todas las mañanas encontraban su *bale* preparado cuando iban a darse su baño antes del desayuno, y sin necesidad de pedirlo, su camarera les llevaba la bebida que más le gustaba a Moira: un Bali Sunrise, un zumo bien frío de naranja, mango y fruta de la pasión.

—No existe el tiempo, sino el momento.

Bourne se removió en el sitio.

—Traduce.

—¿Sabes lo que es el tiempo?

—Me trae sin cuidado.

—Lo que quiero decir —le explicó ella— es que llevamos aquí diez días; y parece que sean diez meses. —Se rió—. Lo digo en el mejor de los sentidos.

Los vencejos se lanzaban de un árbol a otro como si fueran murciélagos o rozaban la superficie de la piscina más alta. El sordo estrépito del oleaje que ascendía desde abajo los hizo callar. Un instante antes dos pequeñas balinesas les habían obsequiado con

un ramo de flores frescas colocado en un cuenco de hojas de palma que habían tejido a mano. En ese momento las exóticas fragancias del jazmín rojo y el nardo embalsamaban el aire.

Moira se volvió hacia él.

—Es tal como dicen: en Bali el tiempo se detiene, y en esa quietud se esconden muchas vidas.

Bourne, con los ojos entornados, estaba soñando con otra vida —la suya—, pero las imágenes eran lúgubres y turbias, como si las estuviera viendo a través de un proyector con un foco defectuoso. Sabía que había estado allí antes. Había una vibración en el aire, en el mar apacible, en la sonrisa de la gente, en la isla en sí, que despertaba un eco en su interior. Era un *déjà vu*, sí, pero también algo más. Algo le había ordenado volver, había tirado de él como un imán es atraído por el norte magnético, y ahora que estaba allí, casi podía alargar la mano y tocarlo. Y, sin embargo, el secreto de aquello lo esquivaba.

¿Qué había ocurrido allí? Algo importante, algo que necesitaba recordar. Se sumió aún más en su sueño de una vida vivida en los márgenes del ayer. En el sueño deambuló por Bali, hasta que llegó al océano Índico. Allí, elevándose desde el oleaje espumoso, surgió una columna de fuego que ascendió por el cielo azul claro hasta que su extremo tocó el sol. Y como una sombra, Bourne atravesó la arena suave como el talco para abrazar las llamas.

Entonces se despertó, queriendo hablarle a Moira de su sueño, pero por alguna razón no lo hizo.

Aquella noche, al bajar a la terraza de la playa al pie del acantilado del que colgaba el hotel, Moira se detuvo en uno de los muchos altares esparcidos por la propiedad. Estaba hecho de piedra y tenía todos los refuerzos cubiertos con una tela de cuadros negros y blancos. Una pequeña sombrilla amarilla protegía del sol la parte superior; allí había depositadas numerosas ofrendas de flores de brillantes colores en cuencos de hojas de palma entretejidas. La tela y la sombrilla indicaban que el espíritu del lugar estaba en su morada. El dibujo de la tela también tenía un significado: el blanco

y el negro representaban la dualidad de los dioses y demonios balineses, del bien y el mal.

Tras quitarse las sandalias, Moira se subió a la piedra cuadrada colocada delante del altar, juntó las palmas en la frente erguida e hizo una inclinación de cabeza.

—No sabía que eras una hinduista practicante —dijo Bourne, cuando ella terminó. Moira recogió las sandalias y las hizo balancear a su costado.

—Estaba dando gracias al espíritu por los días que hemos pasado aquí, por todos los dones que ofrece Bali. —Le dedicó una sonrisa cargada de ironía—. Y le di las gracias al espíritu del cochinito que nos comimos ayer por sacrificarse por nosotros.

Habían reservado la terraza para pasar la noche solos. Las toallas los estaban esperando cuando llegaron, además de unas copas escarchadas de *lassi* de mango y jarras de zumos tropicales y agua helada. Los camareros se habían metido discretamente en la cocina auxiliar sin ventanas.

Estuvieron nadando una hora en el océano, yendo y viniendo hasta más allá de la encrespada línea de la rompiente. El agua estaba caliente, y su tacto sobre la piel se notaba tan suave como el terciopelo. Por la playa oscura los cangrejos ermitaños caminaban de aquí para allá de costado, y por todas partes se veían volar murciélagos que entraban y salían de una cueva del otro extremo de la playa, poco más allá de un farallón que formaba parte de la mitad occidental de la cala con forma de media luna.

Después se bebieron sus *lassi* de mango en la piscina, protegidos por un enorme cerdo sonriente de madera que tenía un collar de medallones y una corona detrás de las orejas.

—Está sonriendo —dijo Moira—, porque le rendí tributo a nuestro cochinito.

Hicieron unos largos, y luego se reunieron en el extremo de la piscina sobre el que colgaban las flores blancas y amarillas de un franchipán. Sujetaron las frondosas ramas, contemplando la luna mientras entraba y salía de unas nubes cada vez más abundantes. Una ráfaga de viento agitó ruidosamente las hojas de las palmeras de más de nueve metros que cubrían el lado de la playa donde

estaba la terraza de la piscina, y las piernas de Bourne y Moira pasaron de la claridad a la oscuridad.

—Esto se acaba, Jason.

—¿El qué?

—Esto. —Moira movió nerviosamente la mano bajo el agua como si fuera un pez—. Todo esto. Dentro de unos pocos días nos habremos ido.

Bourne vio desaparecer la luna con un guiño y sintió los primeros goterones sobre la cara. Al cabo de un momento, la lluvia erizaba la superficie de la piscina.

Adentrándose en la sombra de las ramas del franchipán, Moira recostó la cabeza contra el hombro de Bourne.

—¿Y qué va a ser de nosotros?

Él sabía que no quería una respuesta, sino sólo saborear la pregunta en su lengua. Sentía el peso de Moira, su calidez a través del agua contra su corazón. Era un peso agradable; hacía que se amoddorrara.

—Jason, ¿qué harás cuando volvamos?

—No lo sé —respondió sinceramente—. No he pensado en ello. —Pero en ese momento se preguntó si se marcharía con ella. ¿Cómo iba a irse, cuando algo de su pasado lo estaba esperando allí, tan cerca que podía sentir su aliento en la nuca? Sin embargo, no le dijo nada de aquello, porque eso exigiría una explicación, y no tenía ninguna. Sólo una corazonada. ¿Y cuántas veces le habían salvado la vida esas corazonadas?

—No voy a volver a NextGen —comentó Moira.

Bourne concentró toda su atención en ella.

—¿Y cuándo has tomado esa decisión?

—Mientras estábamos aquí. —Sonrió—. A Bali se le da bien abrir el camino a las decisiones. Vine aquí poco antes de entrar en Black River. Parece que es la isla de las transformaciones, al menos para mí.

—¿Y qué harás?

—Quiero fundar mi propia empresa de gestión de riesgos.

—Eso está bien. —Bourne sonrió—. En competencia directa con Black River.

—Si lo quieres ver así.

—Es lo que harán los demás.

Había empezado a llover con más fuerza; las hojas de las palmeras chocaban entre sí y era imposible ver el cielo.

—Eso podría ser peligroso —añadió él.

—La vida es peligrosa, Jason, como todo lo que está gobernado por el caos.

—Estoy de acuerdo con eso. Pero está tu antiguo jefe, Noah Petersen.

—Ése es su nombre operativo. Su verdadero nombre es Perlis.

Bourne echó un vistazo a las flores blancas, que en ese momento estaban empezando a caer alrededor de ellos como si fueran nieve. El dulce aroma del franchipán se mezclaba con el olor a fresco de la lluvia.

—Perlis no estaba muy satisfecho contigo cuando nos tropezamos con él en Múnich hace dos semanas.

—Noah nunca está contento. —Moira se acurrucó más entre sus brazos—. Dejé de intentar complacerlo seis meses antes de irme de Black River. Estaba haciendo el idiota.

—Lo cierto es que acertamos en lo del ataque terrorista contra el buque cisterna que transportaba gas natural licuado y él se equivocó. Apostaría lo que fuera a que no lo ha olvidado. Y ahora que vas a invadir su territorio, habrás conseguido un enemigo.

Ella se rió por lo bajinis.

—Mira quién fue a hablar.

—Arkadin está muerto —dijo Bourne tranquilamente—. Se precipitó al Pacífico desde el buque cisterna de GNL frente a la costa de Long Beach. No sobrevivió; sería imposible.

—Era un producto de Treadstone, ¿no es eso lo que te dijo Willard?

—Según Willard, que estuvo allí, fue el primer éxito de Alex Conklin... y su primer fracaso. Se lo envió Semion Icourov, el otro líder de la Legión Negra y de la Hermandad de Oriente hasta que Arkadin lo mató por asesinar a su novia.

—Y su socio secreto, Asher Sever, tu antiguo mentor, está en coma irreversible.

—Al final todos recibimos lo que nos merecemos —sentenció Bourne implacablemente.

Moira volvió al tema de Treadstone.

—Según Willard, el objetivo de Conklin era crear un guerrero superior..., una máquina de matar.

—Eso es lo que era Arkadin —dijo Bourne—, pero se fugó del programa de Treadstone para volver a Rusia, donde organizó todo tipo de tumultos después de alquilar sus servicios a los jefes de diversas *grupperovka* de Moscú.

—Y tú te convertiste en su sucesor, en el éxito de Conklin.

—No, si haces una encuesta entre los responsables de la Inteligencia Central —dijo Bourne—. Me matarían a tiros en cuanto me vieran.

—Lo cual no les ha impedido coaccionarte para que trabajes para ellos cuando te han necesitado.

—Eso se ha terminado —respondió Bourne.

Moira acababa de decidir cambiar de tema, cuando de pronto se fue la luz. Las luces interiores de la piscina y las de la terraza al aire libre se apagaron con un parpadeo. El viento y la lluvia siguieron arremolinándose en la oscuridad. Bourne se puso tenso e intentó hacerla a un lado para poder levantarse. Ella se dio cuenta de que él buscaba en la oscuridad la causa del apagón.

—Jason —le susurró—, no pasa nada. Aquí estamos a salvo.

Nadaron hasta el otro lado de la piscina. Moira sentía el pulso acelerado de Bourne, su aguzado sentido de la percepción, de estar esperando a que ocurriera algo terrible, y en ese instante se encontró haciendo un repaso de su vida como nunca antes lo había hecho.

Quiso volver a decirle que no se preocupara, que los apagones eran algo habitual en Bali, pero entonces se dio cuenta de que sería inútil. Él estaba programado para tener aquella clase de reacción, y nada de lo que ella dijera o hiciera cambiaría eso.

Así que se puso a escuchar el viento y la lluvia, preguntándose si Bourne oiría algo que ella no oía, y entonces tuvo un momentáneo ataque de angustia: ¿y si no se trataba de un simple apagón? ¿Y si los estaba acechando alguno de los enemigos de Jason?

Entonces la luz volvió de repente, provocándole una carcajada por su necesidad.

—Ya te lo dije —dijo Moira, señalando la talla del risueño espíritu porcino—. Él nos protege.

Bourne se tumbó de espaldas en el agua.

—No hay escapatoria —dijo él—. Ni siquiera aquí.

—No crees en los espíritus, ni buenos ni malos, ¿verdad, Jason?

—No me lo puedo permitir —respondió él—. Ya me encuentro con bastante mal de por sí.

Al percibir el tono de su voz, Moira abordó por fin el tema que le tocaba más de cerca el corazón.

—Voy a tener que ponerme a contratar un montón de gente inmediatamente. Así que seguro que no nos vamos a ver mucho, al menos hasta que haya montado mi nuevo negocio.

—¿Eso es una amenaza o una promesa?

Bourne no pudo evitar darse cuenta de que la carcajada de Moira no estaba exenta de crispación.

—De acuerdo, me inquietaba hablar del asunto.

—¿Por qué?

—Ya sabes cómo es esto.

—No. Dímelo tú.

Moira se volvió entre sus brazos y se sentó sobre él a horcajadas dentro del agua burbujeante. Lo único que oían era la lluvia torrencial que atravesaba las hojas.

—Jason, ninguno de los dos somos de la clase de personas... Quiero decir que ambos llevamos un tipo de vida que hace difícil aferrarse a algo estable, en especial a las relaciones, así que...

La interrumpió, besándola. Cuando salieron de la piscina, él le dijo al oído:

—Está bien. Ahora tenemos esto. Si necesitamos más, volveremos.

El corazón de Moira se inundó de alegría, y lo abrazó con fuerza.

—Trato hecho. Oh, sí, eso es.

El vuelo procedente de Singapur en el que viajaba Leonid Arkadin llegó a su hora. En la aduana pagó su visado de entrada y atravesó rápidamente la terminal hasta que encontró un lavabo de caballeros. Una vez dentro, se metió en una de las cabinas, cerró la puerta y echó el pestillo. De una mochila sacó la protuberante nariz de látex, tres tarros de maquillaje, unas prótesis plásticas blandas para las mejillas y las lentillas grises que había utilizado en Múnich. Al cabo de ocho minutos justos salió de la cabina y se acercó a la hileras de los lavabos, donde contempló su aspecto cambiado, que una vez más era la viva imagen del amigo de Bourne, el coronel Boris Karpov del FSB-2.

Tras coger la maleta, cruzó la terminal y salió al calor y al denso tejido humano. Al subir al coche con aire acondicionado que había alquilado en el Aeropuerto Internacional Ngurah Rai se sintió dichosamente aliviado. Se inclinó hacia delante y le dijo al conductor: «Al mercado Badung». El joven asintió con la cabeza y sonrió, y, junto con una flota de muchachos en escúteres, no tardaron en verse atascados detrás de un enorme camión que avanzaba pesadamente hacia el ferry de Lombok.

Después de un estremecedor trayecto de veinte minutos, en el que adelantaron al camión sorteando al tráfico que venía de frente, jugaron a la ruleta rusa con dos adolescentes en moto y a punto estuvieron de atropellar a uno de los miles de perros asilvestrados de la isla, llegaron a la plaza de Gajah Mada, justo al otro lado del río Badung. El taxi aminoró la marcha y siguió muy lentamente hasta que la bulliciosa multitud hizo imposible cualquier intento de seguir avanzando. Arkadin pagó al conductor para que lo esperase y lo recogiera cuando terminara, salió y se adentró en el mercado entoldado.

Enseguida se vio embargado por una veintena de olores penetrantes —pasta negra de gambas, chiles, ajo, *karupuk*, canela, limoncillo, hojas de pandan, jengibre de Siam, *kencur*, laurel indio— y el griterío de voces que vendían de todo, desde gallos de pelea con el plumaje teñido de rosa y naranja, a lechones atados y sujetos a cañas de bambú para transportarlos mejor.

Al pasar junto a un tenderete lleno de cestas de boca ancha con

especias, la dueña, una vieja sin labio superior, hundió una mano que parecía una garra en una tinaja de raíces y sacó un puñado para ofrecérselas.

—*Kencur* —dijo la mujer—. *Kencur* muy bueno hoy.

El *Kencur*, como sabía Arkadin, era una raíz parecida al jengibre, aunque algo más pequeña. Asqueado tanto por la raíz como por la desagradable vendedora, lo rechazó con un gesto y siguió adelante.

Era a uno de los tenderetes de cerdos adonde se dirigía, pero a mitad de camino, unos golpecitos insistentes en su brazo que parecieron los secos arañazos de la pata de un pollo, lo detuvieron. Cuando se volvió, vio a una joven que llevaba un bebé en brazos y que lo miraba con ojos suplicantes, mientras continuaba dándole golpecitos en el brazo con sus dedos marrones, como si fuera para lo único que sirvieran. Ignorándola, Arkadin siguió avanzando entre la multitud, sabedor de que si le daba algo a aquella chica, inmediatamente se vería asediado por una multitud de otros pedigüeños.

El vendedor de cerdos del centro era un hombre ancho, rechoncho como una rana, de ojos negros brillantes y cara de pan y con una acusada cojera. Después de que Arkadin pronunciara la frase convenida en indonesio, el hombre lo condujo a la parte trasera por entre hileras de lechones atados, unos cuerpos temblorosos con la mirada aterrorizada clavada al frente. Entre las sombras de la parte posterior de la tienda había dos montones de cerdos destripados y despellejados, ya listos para el asador. De la cavidad estomacal de uno de aquellos cerdos el hombre sacó un Remington 700P que intentó enjaretarle a Arkadin, hasta que éste se negó las suficientes veces para que pasara al plan B, que resultó ser precisamente lo que quería: un Parker Hale M85, un rifle de extraordinaria precisión con sistema de carga por cerrojo y cañón grueso. El primer disparo tenía un alcance de setenta metros. El vendedor añadió una mira telescópica Schmidt & Bender Police Marksman II 4-16x50. A Arkadin el precio le pareció un poco alto incluso después de que un intenso regateo lo bajara de la estratosfera, pero estando tan cerca de su presa, no estaba de humor para

pararse en minucias. Además, estaba ante un producto de primerísima calidad de principio a fin. Consiguió que el hombre de los cerdos incluyera una caja de cartuchos M118 calibre treinta milímetros con chaqueta metálica y lo consideró un éxito. Pagó, y el comerciante desmontó el rifle y metió el arma y la mira en un estuche con los bordes metálicos.

Al salir del mercado, Arkadin compró bananas, y se las fue comiendo lenta y metódicamente mientras el taxi se abría paso penosamente para salir de Denpasar. Una vez en la carretera, el vehículo aumentó de velocidad de manera espectacular; el escaso tráfico hacía más fácil sortear los camiones que obstruían la carretera.

En Gianyar vio un mercado al aire libre a su izquierda y le dijo al taxista que se detuviera. A pesar de las bananas —o quizás a causa de ellas— el estómago le rugía pidiendo comida de verdad. En el mercado pidió un plato de *babi guling*, lechón asado, servido sobre una hoja ancha de banana de un verde intenso, *lawar*, coco y tiras de tortuga picante. La salsa a base de la sangre cruda del animal le gustó especialmente. Desgarró la succulenta carne del cochinitillo entre los dientes y tragó rápidamente para darle otro mordisco.

Dada la gritería reinante en el mercado, comprobaba el móvil periódicamente; cuanto mayor se hacía la espera, más tensión acumulaba, pero tenía que ser paciente porque a su hombre le llevaría algunos días asegurarse de las idas y venidas de Bourne. Sin embargo, estaba inusitadamente nervioso. Lo atribuía al hecho de estar tan cerca de su presa, pero eso sólo le ocasionaba un desasosiego mayor. Había algo de Bourne que se le había metido debajo de la piel y se había convertido en un prurito que no se podía rascar.

En un intento por controlarse, desvió sus pensamientos hacia los acontecimientos recientes que lo habían conducido allí. Dos semanas atrás Bourne lo había arrojado por la borda de un buque cisterna de GNL. Había sido una larga caída hasta el océano, así que se había preparado para el impacto convirtiendo su cuerpo en un arpón, manteniéndolo perfectamente vertical, para que cuando golpeará el agua no se partiera la espalda o el cuello. Había caído

de pie, y el impulso de la caída lo había sumergido tan profundamente que el mundo se había quedado en penumbra, y lo había atenazado un frío glacial que se le metió hasta el tuétano antes incluso de que hubiera podido empezar a ascender batiendo las piernas.

Cuando había salido a la superficie, el buque cisterna era ya un borrón que se alejaba a toda máquina hacia los muelles de Long Beach. Manteniéndose a flote en el agua verticalmente, había girado el cuerpo en redondo como el capitán de un submarino podría hacer girar el periscopio para calibrar la situación, por decirlo de alguna manera. El barco que tenía más cerca era un arrastrero, pero hasta que la situación no se convirtiera en una emergencia, no quería saber nada de él. El capitán estaría obligado a informar del rescate de un hombre caído al mar a la Guardia Costera norteamericana, que era precisamente lo que Arkadin no quería: con toda seguridad Bourne estaría al tanto de los informes.

No había sentido pánico, ni tan siquiera preocupación. Sabía que no se ahogaría. Era un excelente nadador, con una gran resistencia, aun después de su agotadora pelea a brazo partido con Bourne a bordo del buque cisterna. El cielo estaba azul, excepto allí donde la bruma marrón flotaba sobre la costa, extendiéndose tierra adentro hacia Los Ángeles. Las olas lo levantaban y luego lo arrastraban hacia sus valles, y Arkadin movía las piernas para mantener su posición. Curiosas, las gaviotas revoloteaban cada dos por tres por encima de él.

Al cabo de veinte minutos su paciencia se había visto recompensada: una embarcación de recreo de casi veinte metros de eslora apareció ante su vista mecida por las olas, moviéndose al cuádruple de la velocidad del arrastrero. No pasó mucho tiempo antes de que estuviera lo bastante cerca para que Arkadin empezara a agitar los brazos, y casi de inmediato la embarcación alteró su rumbo.

Quince minutos después estaba a bordo, envuelto en dos toallas y una manta, porque su temperatura corporal había descendido por debajo de los niveles aceptables. Tenía los labios azules y estaba temblando. El propietario, que se llamaba Manny, le dio un poco de brandy y un trozo de pan y queso italianos.

—Si me disculpas un minuto, avisaré por teléfono a la Guardia Costera para decirles que te recojan. ¿Cómo te llamas?

—Willi —mintió Arkadin—. Pero preferiría que no lo hicieras.

Manny hizo un gesto de disculpa con sus carnosos hombros. Era de estatura media, colorado de tez y calvo. Iba vestido de manera informal aunque con ropa cara.

—Lo siento, amigo. Son las normas de la carretera.

—Espera, Manny, espera. La cosa está así. —Arkadin estaba hablando en inglés con el característico acento nasal de los nativos del Medio Oeste. El tiempo pasado en Estados Unidos le había sido muy útil en muchos aspectos—. ¿Estás casado?

—Divorciado. Dos veces...

—¿Lo ves? Sabía que lo entenderías. Verás. Había alquilado un barco para llevar a mi esposa a pasar un bonito día, con la idea incluso de acercarnos a Catalina a tomar unas copas. De todas formas, ¿cómo iba a saber que mi amante se había metido como polizón en el barco? Le había dicho que iba a salir a pescar con los muchachos, así que pensó en darme una sorpresa.

—Y vaya si te sorprendió.

—¡Joder! —dijo Arkadin—, ¡y que lo digas! —Se terminó el brandy y meneó la cabeza—. Bueno, las cosas más o menos se desmadraron. Vamos, que se pusieron feas. No conoces a mi esposa, pero puede ser una verdadera mala pécora.

—Creo que estuve casado con ella una vez. —Manny se volvió a sentar—. ¿Y qué hiciste entonces?

Arkadin se encogió de hombros.

—¿Qué podía hacer? Salté por la borda.

Manny echó la cabeza hacia atrás con una sonora carcajada, palmeándose el muslo.

—¡Joder! ¡Willi, menudo hijo puta que estás hecho!

—Así que comprendes el motivo de que prefiera que nadie sepa que me has recogido.

—Claro, por supuesto que lo entiendo, pero aun así...

—Manny, ¿a qué te dedicas, si puedo preguntártelo?

—Tengo una empresa de importación y venta de circuitos integrados de tecnología punta.

—Bueno ya, ¿no es increíble? —había dicho Arkadin—. Creo que podríamos llegar a un acuerdo que nos reportaría a ambos una enorme cantidad de dinero.

Mientras terminaba su *lawar* en el mercado de Gianyar, Arkadin se rió para sus adentros. Manny había sacado doscientos mil dólares, y entre una de las remesas habituales de su negocio, Arkadin había recibido en Los Ángeles el ordenador portátil del señor de las drogas mexicano Gustavo Moreno, sin que el FSB-2 ni los Kazanskaya supieran de la misa la media.

Encontró un hostel de media pensión —lo que los balineses llamaban un «alojamiento familiar»— en los alrededores del centro de Gianyar. Antes de ponerse cómodo para pasar la noche, sacó el rifle, lo montó, lo cargó, lo descargó y lo volvió a desmontar. Lo hizo doce veces exactas. Luego corrió la mosquitera, se tumbó en la cama y se quedó mirando fijamente el techo sin pestañear.

Y entonces apareció Devra, pálida, casi fantasmal, como la había encontrado en el piso del artista de Múnich, después de que Semion Icoupov la matara de un disparo cuando Bourne la distrajo con su irrupción en la habitación. Los ojos de Devra escudriñaron los suyos, buscando algo. Si al menos supiera qué.

Incluso un hombre tan diabólico como aquél tenía sus vanidades: desde la muerte de Devra, se había convencido de que era la única mujer que había amado o que podría haber amado, porque eso alimentaba el deseo de otra cosa: la venganza. Había matado a Icoupov, pero Bourne seguía vivo. Éste no sólo había sido cómplice de la muerte de Devra, sino que también había matado a Misha, el mejor amigo de Arkadin.

Entonces Bourne le había dado una razón para vivir. Su plan de apoderarse de la Legión Negra —para culminar su venganza contra Icoupov y Sever— no era suficiente, aunque lo que tenía pensado para la Legión Negra era algo grande y de largo alcance, muy por encima de lo que Icoupov o Sever pudieran haber concebido. Pero aún ansiaba más: un blanco concreto sobre el que descargar su ira.

Allí, bajo la mosquitera, un sudor frío le bañaba el cuerpo de

vez en cuando; su cerebro parecía pasar alternativamente del fuego a una inactividad como si estuviera sumergido en hielo. Dormir, algo que apenas conocía ya, ni se lo planteaba; aunque debió de haberse quedado traspuesto en algún momento, porque en medio de aquella oscuridad lo asaltó un sueño: Devra extendía sus brazos blancos y delgados hacia él. Sin embargo, al dejarse estrechar por ellos, ella abría la boca de par en par y vomitaba sobre él, cubriéndole con una bilis negra. Estaba muerta, aunque no podía olvidarla, ni a ella ni lo que había provocado en él: una fisura insignificante en el granito moteado de su alma, a través de la cual la luz misteriosa de Devra había empezado a filtrarse gota a gota, como gotean las primeras nieves derretidas por la primavera.

Moira se despertó y no encontró a Bourne a su lado. Todavía medio dormida, se dio la vuelta y se levantó, aplastando los pétalos de flores que habían hallado esparcidos por la habitación cuando volvieron de su velada en la terraza de la playa. Sus pasos amortiguados en el suelo frío de baldosas la condujeron hasta las cristaleras. Las abrió. Bourne estaba sentado en la terraza que daba al estrecho de Lombok. Al este, unas nubes color salmón con forma de dedo se movían sin rumbo sobre el horizonte. Aunque el sol todavía no había salido, su luz ascendente como la de una baliza hacía batirse en retirada a los últimos jirones de noche.

Tras abrir la puerta, salió a la terraza. El aire estaba cargado de la fragancia de los tiestos de nardos índicos colocados en la mesa de juncos. Bourne se percató de su presencia en cuanto se deslizó la puerta, y se volvió a medias.

Moira le puso las manos en los hombros.

—¿Qué haces?

—Pienso.

Ella se inclinó y le rozó la oreja con los labios.

—¿En qué?

—En el enigma que soy. Soy un misterio para mí mismo.

Como era típico en él, en su voz no había el menor atisbo de autocompasión, tan sólo frustración.

Moira se quedó pensando un momento.

—Sabes cuándo naciste.

—Por supuesto, pero ahí empieza y acaba todo.

Ella se paró delante de él.

—Puede que podamos hacer algo al respecto.

—¿A qué te refieres?

—Hay un hombre que vive a treinta minutos de aquí. He oído hablar de sus sorprendentes habilidades.

Bourne la miró.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué tienes que perder?

Recibió la llamada y, con una impaciencia que no había sentido desde antes de la muerte de Devra, Arkadin se subió a la motocicleta que había encargado la víspera. Volvió a estudiar un plano de la localidad y partió. Después de pasar el recinto de los templos de Keungkung y de girar a la derecha en Goa Lawah, la autopista descendía en pendiente hasta acercarse al mar por su derecha. Entonces la moderna autopista de cuatro carriles se esfumó, dando paso de nuevo a una carretera asfaltada de dos sentidos. Justo al este de Goa Lawah tomó hacia el norte, siguiendo un estrecho sendero que discurría entre montañas.

—Para empezar —dijo Suparwita—, ¿cuándo es su cumpleaños?

—El quince de enero —respondió Bourne.

Suparwita se lo quedó mirando durante un buen rato. Estaba sentado en absoluta inmovilidad sobre el suelo de tierra apisonada de su choza. Sólo movía los ojos, sin perder detalle de nada, pero muy rápidamente, como si estuviera haciendo complejos cálculos matemáticos. Al cabo, meneó la cabeza.

—El hombre que veo ante mí no existe...

—¿Qué quiere decir? —le cortó Bourne bruscamente.

—... por consiguiente, no nació el quince de enero.

—Eso es lo que dice mi certificado de nacimiento. —Marie había hecho las averiguaciones al respecto.

—Menciona un certificado de nacimiento. —Suparwita hablaba con lentitud y cautela, como si cada palabra fuera preciosa—. Lo cual no es más que un pedazo de papel. —Sonrió, y su hermosa dentadura blanca pareció iluminar la penumbra—. Yo sé lo que sé.

Para ser balinés, Suparwita era un hombre grande. Su piel era oscura como la caoba, perfecta, inmaculada y sin una arruga, lo que hacía imposible adivinar su edad. Tenía una espesa mata de pelo negro llena de rizos naturales, recogida hacia atrás desde la frente, con lo que a Bourne se le antojó la misma cinta con aspecto de corona que llevaba la deidad porcina. Los brazos parecían fuertes y sus hombros carecían de la habitual acentuada definición muscular de los occidentales. Su cuerpo lampiño parecía tan liso como el cristal. Iba desnudo de cintura para arriba; por abajo se cubría con el tradicional *sarong* balinés de color blanco, marrón y negro. Sus pies marrones estaban descalzos.

Después de desayunar, Moira y Bourne, subidos a una moto alquilada, se habían dirigido por el verde y exuberante paisaje hasta una casa con la techumbre de paja que se levantaba al final de un estrecho y polvoriento sendero que discurría por la selva; era la casa del santón balinés llamado Suparwita, que, según Moira, podía averiguar algo sobre el pasado perdido de Bourne.

Al llegar, Suparwita los había recibido afectuosamente y sin sorpresa, como si los hubiera estado esperando. Después de invitarlos a entrar con un gesto, les había servido unas pequeñas tazas de café balinés y rodajas de plátano frito recién hechas, todo endulzado con sirope de azúcar de palma.

—Si mi certificado de nacimiento es erróneo —dijo entonces Bourne—, ¿puede decirme cuándo nació?

Los expresivos ojos castaños de Suparwita no pararon de hacer sus misteriosos cálculos.

—El treinta y uno de diciembre —dijo el santón sin titubeos—. Usted sabe que nuestro universo está regido por tres dioses: Brahma, el creador, Vishnu, el conservador, y Shiva, el destructor. —Pro-

nunció Shiva como todo los balineses, haciendo que sonara como *Siwa*. Entonces tuvo un instante de duda, como si no estuviera seguro de que debiera continuar—. Cuando se vayan de aquí, irán a Tenganan.

—¿Tenganan? —terció Moira—. ¿Y para qué habríamos de ir allí?

Suparwita le dedicó una sonrisa indulgente.

—Ese pueblo es famoso por tejer los *ikat* doble. El *ikat* doble es sagrado y protege contra los demonios de nuestro universo. Sólo se teje en tres colores, los colores de nuestros dioses. El azul de Brahma, el rojo de Vishnu y el amarillo de Shiva. —Le entregó una tarjeta a Moira—. Comprarán un *ikat* doble aquí, es el mejor tejedor. —La miró con severidad—. Por favor, no se olviden.

—¿Y por qué nos íbamos a olvidar? —preguntó Moira.

Como si la pregunta no mereciera respuesta, el hombre volvió su atención hacia Bourne.

—Como ha entendido a la perfección, el mes de diciembre (el mes de su nacimiento) está gobernado por Shiva, el dios de la destrucción. —Al llegar ahí, Suparwita hizo una pausa, como si se hubiera quedado sin aire—. Pero, por favor, recuerde que Shiva es también el dios de la transformación.

El santón se volvió entonces hacia una mesa baja de madera que contenía una serie de cuencos pequeños de madera llenos de diferentes polvos y lo que parecían frutos secos o vainas de semillas secas. Escogió una de aquellas vainas y la molió en otro cuenco con una mano de mortero de piedra. Luego le añadió una pizca de un polvo amarillo y vertió la mezcla en un pequeño hervidor de agua de hierro, que puso encima de un pequeño fuego de leña. La habitación se llenó con una olorosa nube de vapor.

La cocción duró siete minutos, al cabo de los cuales Suparwita retiró el hervidor del fuego y vertió el líquido en una cáscara de coco con incrustaciones de madreperla. Sin mediar palabra, le entregó el recipiente a Bourne. Al dudar éste, Suparwita dijo:

—Beba, por favor. —Su sonrisa volvió a iluminar la estancia—. Éste es un elixir hecho de zumo de coco verde, cardamomo y *kencur*. Básicamente, es *kencur*. ¿Sabe lo que es el *kencur*? Tam-

bién recibe el nombre de lirio de la resurrección. —Hizo un gesto con la mano—. Por favor.

Bourne se bebió la mezcla, que sabía a alcanfor.

—¿Qué me puede decir de la vida que no puedo recordar?

—Todo —respondió Suparwita— y nada.

Bourne arrugó la frente.

—¿Y eso que significa?

—No le puedo decir más por el momento.

—Aparte de mi verdadera fecha de nacimiento, no me ha dicho nada.

—Le he dicho todo lo que necesita saber. —Suparwita ladeó la cabeza—. No está preparado para oír más.

Bourne se estaba impacientando por momentos.

—¿Qué le hace decir eso?

Suparwita le sostuvo la mirada.

—El que no se acuerde de mí.

—¿Ya le conocía?

—¿Me conocía?

Bourne se levantó, y la ira contenida estalló en su interior.

—Me trajeron aquí en busca de respuestas, no de más preguntas.

El santón levantó ligeramente la vista hacia él.

—Vino aquí con la intención de que se le dijera lo que debe descubrir por sí mismo.

Bourne cogió a Moira de la mano y la levantó.

—Vamos —dijo—. Nos largamos.

Cuando estaban a punto de trasponer el umbral, el santón, en un tono de total indiferencia, dijo:

—¿Sabe? Todo esto ya ha ocurrido antes. Y volverá a ocurrir de nuevo.

—Ha sido una pérdida de tiempo —dijo Bourne, cuando cogió las llaves que le entregaba Moira.

Ella subió a la moto detrás de él sin decir nada.

Cuando regresaban por el estrecho y polvoriento sendero que habían seguido a la ida, un indonesio pequeño con el rostro ajado

y del color de la caoba envejecida, salió del bosque un poco más adelante montado en una moto trucada y se dirigió en línea recta hacia ellos. Sacó una pistola, y Bourne hizo girar en redondo la moto y empezó a subir por las colinas.

Aquel lugar estaba lejos de ser perfecto para una emboscada. Había echado un vistazo al mapa del lugar y sabía que no tardarían en salir del bosque y encontrarse en las terrazas de los arrozales que rodeaban el pueblo de Tenganan.

—Hay una red de regadío que discurre por encima de los bancales —le dijo Moira, hablándole directamente junto a la oreja.

Bourne asintió con la cabeza en el momento en que los retazos de intenso verde esmeralda que formaban como un edredón aparecieron ante su vista, centelleando bajo la brillante claridad. Un sol implacable caía a plomo sobre hombres y mujeres con sombreros de paja y largos cuchillos que se inclinaban sobre las plantas de arroz. Otros caminaban detrás de unas yuntas de vacas que avanzaban lenta y pesadamente, labrando aquellas partes de los bancales donde había sido cosechado el arroz y quemado el rastrojo para que pudieran crecer otros cultivos —patatas, chiles o judías verdes— y garantizar así que el fértil suelo volcánico no viera agotado sus minerales. Otras mujeres, con los cuerpos erguidos como palos, transportaban grandes sacos que mantenían en equilibrio sobre las cabezas. Se movían como funambulistas por los sinuosos y estrechos márgenes entre los bancales, colocando cuidadosamente un pie delante del otro.

Un fuerte chasquido hizo que se agacharan sobre la moto, al mismo tiempo que provocó que los trabajadores levantaran sus cabezas. El indonesio les había disparado en cuanto emergió de los últimos árboles que bordeaban los arrozales.

Bourne viró y siguió por la fina línea serpenteante que dividía los arrozales.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Moira—. ¡Nos quedaremos al descubierto y seremos blancos perfectos!

Bourne se acercaba a uno de los bancales donde se estaban quemando los rastrojos. Un humo espeso y acre ascendía hacia el cielo claro.

—¡Coge un puñado al pasar! —gritó hacia Moira.

Ella lo comprendió enseguida. Con la mano derecha asiéndole fuertemente de la cintura, se inclinó a la izquierda, recogió un puñado de tallos de arroz ardiendo y los arrojó hacia atrás. Al soltarlos, salieron volando por los aires en dirección a su perseguidor.

Cuando la visión del indonesio quedó momentáneamente entorpecida, Bourne aprovechó para volver a girar a su derecha y seguir el tortuoso borde que discurría entre el laberinto de bancales. Tenía que tener cuidado; el menor error de cálculo, y se precipitarían en el agua fangosa y repleta de plantas, inutilizando la motocicleta. Entonces sí que serían blancos perfectos.

El indonesio volvió a apuntarlos, pero se le interpuso una mujer, y luego un par de vacas, y apartó la pistola al necesitar ambas manos para lidiar con las mayores dificultades que presentaba el sendero que Bourne había escogido.

Pegándose a la parte exterior de los bancales, Bourne siguió subiendo la colina por ellos, una terraza tras otra, algunas llenas de las brillantes plantas verdes del arroz, otras del marrón ceniciento de las ya cosechadas. Una olorosa neblina causada por el humo se movía lentamente sobre la ladera de la colina.

—¡Ahí! —dijo Moira, apremiantemente—. ¡Ahí!

Bourne vio el contrafuerte del sistema de riego, una banda de cemento de unos diez centímetros sobre la que tenía que conducir la moto. Esperó hasta el último momento y entonces giró bruscamente a la izquierda, corriendo en paralelo a los bancales, que se extendían bajo ellos formando un dibujo mareante, como jeroglíficos, inmensos y misteriosos, labrados en la ladera de la colina.

Gracias a su tamaño y su moto, el indonesio pudo reducir la distancia que los separaba. No estaría a más de dos brazos por detrás de ellos cuando Bourne se encontró con un labrador, un anciano de piernas delgaduchas y ojos del tamaño de uvas. En una de sus manos sostenía uno de los cuchillos de hoja plana que utilizaban para cosechar el arroz, y en la otra un manojo de arroz recién segado. Al ver acercarse las dos motos, el hombre se quedó paralizado de asombro. Cuando Bourne pasó por su lado, le arrancó el cuchillo de la mano.

Al cabo de un instante divisó un tosco tablón de madera atravesado sobre el arroyo de riego y que había que cruzar antes de adentrarse en la selva que tenían a la derecha. Lo cruzó, pero al hacerlo, el tablón medio podrido crujió y entonces se rompió en el momento en que la rueda delantera golpeaba el suelo del otro lado. La moto patinó peligrosamente y a punto estuvo de provocar que salieran despedidos contra la densa barrera que formaban los árboles.

Su perseguidor aceleró al máximo y saltó por encima del riachuelo a la izquierda del puente destrozado. Siguió a Bourne y Moira por un sendero que descendía abruptamente y que estaba lleno de piedras y raíces de árboles medio enterradas.

La pendiente se fue haciendo más empinada, y Moira se aferró a Bourne, que notó el corazón de ella retumbándole en el pecho mientras le respiraba agitadamente en la oreja. Los árboles de ambos lados pasaban como una exhalación en una proximidad aterradora; las piedras hacían que la moto se levantara como un potro encabritado, obligando a Bourne a luchar denodadamente por mantener el control. Un error los mandaría de cabeza fuera del camino, contra los gruesos troncos de los árboles del bosque. Justo cuando parecía que el camino no podía hacerse más empinado, se convirtió en una sucesión de escalones de piedra sobre los que avanzaron traqueteando y brincando a una velocidad de infarto. Moira, arriesgándose a mirar por encima del hombro, vio al indonesio, completamente inclinado sobre el manillar de su moto mientras intentaba darles alcance.

Sin previo aviso la escalera natural cesó y el sendero continuó, en esta ocasión con una inclinación más llevadera. Su perseguidor intentó apuntar de nuevo su pistola, pero Bourne cortó de un tajo un grupo de bambúes con el cuchillo que le había arrebatado al viejo y las delgadas cañas cayeron de golpe sobre el camino. El hombre de caoba se vio obligado a ponerse la pistola entre los dientes; le exigió toda su destreza conseguir no estrellarse contra el amenazante bosque.

Cuando el camino se allanó, empezaron a dejar atrás unas chozas pequeñas, y pasaron junto a hombres que blandían hachas o

removían el contenido de ollas colocadas al fuego, y junto a mujeres con bebés en brazos y los ubicuos perros asilvestrados, esqueléticos y asustadizos, que escapaban con un respingo de los veloces vehículos. Se hizo evidente que habían llegado a las afueras de un pueblo. ¿Sería Tenganan?, se preguntó Bourne. ¿Habría previsto Suparwita esa persecución?

Al cabo de poco pasaron por debajo de un arco y entraron en el pueblo propiamente dicho. Los niños que jugaban al bádminton en el exterior del colegio local interrumpieron su juego para concentrar su atención en las motos que pasaban como una bala. Las gallinas salieron despavoridas, cacareando, y los enormes gallos de pelea teñidos de rosa, naranja y azul se alborotaron de tal manera que acabaron por volcar sus jaulas de mimbre, alterando a su vez a las vacas y terneros que estaban tumbados en el centro del pueblo. Los propios lugareños salieron de los recintos tapiados de sus casas y echaron a correr detrás de sus preciados gallos de pelea.

Como todos los pueblos de montaña, aquél estaba erigido en terrazas, de forma muy parecida a los cultivos de arroz: franjas de tierra apisonada y de hierba descuidada se intercalaban con las rampas de piedra que conducía al nivel contiguo. En el centro se levantaba una estructura sin paredes, usada para celebrar los consejos de ancianos del pueblo. A ambos lados se extendían las tiendas, que formaban parte de los recintos de las viviendas, donde se vendían los tejidos de *ikat* doble y sencillo. Al ver el letrero de la primera tienda de tejidos entre la confusión de carreras y gritos de animales, Bourne sintió un escalofrío. Así que aquél era, en efecto, Tenganan, el pueblo de la predicción de Suparwita.

En medio del caos que se había desatado en el pueblo, cortó una cuerda con ropa tendida que ondeaba al viento como un reptil escamoso y que salió aleteando tras ellos. Después de conducir hábilmente la moto por un estrecho callejón, volvió a coger el camino por el que habían llegado.

Entonces se arriesgó a mirar atrás y vio que no había conseguido despistar al indonesio; éste se dirigía rugiendo hacia ellos con el mismo tesón y sin que la caída de la colada le hubiera sorprendido

lo más mínimo. Con un acelerón, Bourne consiguió aumentar lo suficiente la distancia con su perseguidor para girar en redondo inopinadamente y, cambiando de sentido, atreverse a pasar por el lado del hombrecillo y salir del pueblo. Pero, una vez más, el indonesio no pareció sorprenderse de la táctica, casi como si la hubiera estado esperando. El hombre se detuvo, sacó la pistola y disparó, obligando a Bourne a girar de nuevo la moto para volver sobre sus pasos, en el momento en que un segundo disparo pasaba junto a su hombro izquierdo bastante desviado. Bourne siguió por la única dirección que tenía expedita y reanudó la marcha por la tierra apisonada llena de baches y las rampas de piedra, alejándose de su obstinado perseguidor.

Leonid Arkadin, sumido en las sombras moteadas del bosque, oyó el rugido de los motores por encima del acompasado cántico que salía de los muros del templo, encima del cual, desde la posición que ocupaba, tenía una vista perfecta. Levantó el Parker Hale M85 para acomodarse la culata en el hombro y miró por la mirilla telescópica Schmidt & Bender.

Tranquilizado ya, el lugar de su ansiedad lo ocupaba en ese momento un extraño fuego malicioso que ardía indiferente a cualquier idea ajena a su propósito y que le había dejado la mente tan despejada como el cielo que tenía encima y tan tranquila como el bosque en el que estaba acurrucado como una víbora en un árbol, mientras esperaba pacientemente a su presa. Lo había planeado todo muy bien, utilizando a su lugareño indonesio a la manera en que un cazador utiliza a un batidor, para que aceche a la presa y la vaya acercando paulatinamente al lugar donde está escondido.

De pronto una moto irrumpió en el claro donde se levantaba el templo, y Arkadin respiró hondo mientras situaba a Bourne en el centro de su mirilla. Y en ese momento el perfil del cuerpo de su objetivo quedó claramente definido, de la misma manera que el vapor se condensa en el néctar venenoso de la venganza.

Bourne y Moira entraron de golpe en un claro donde reinaba una absoluta quietud y se levantaban tres templos, uno grande en el centro y dos más pequeños a ambos lados. No se oía ningún sonido que no fuera el rítmico latido del motor de la moto. Entonces, al oír cantar dentro de los muros del templo central, él detuvo la moto.

En ese momento, Arkadin, acomodándose sobre la rama casi horizontal de un árbol, apretó el gatillo, y Bourne salió despedido de la moto y cayó al suelo de espaldas. Moira gritó.

Arkadin apartó el rifle y sacó un terrible cuchillo de cazador con el filo dentado, saltó al suelo y corrió hacia su presa con la intención de rebanarle el cuello para tener la certeza de su muerte. Pero su avance se vio obstaculizado por una manada de vacas. A éstas las seguían unas mujeres que portaban ofrendas de frutas y flores sobre sus cabezas, y detrás los niños del pueblo. Todos, en ceremoniosa procesión, se dirigían hacia el templo. Arkadin intentó sortearles, pero una de las vacas, asustada por sus movimientos descontrolados, se volvió hacia él. El animal sacudió su larga y afilada cornamenta, y de inmediato la procesión se paralizó como si sus integrantes se hubieran quedado con un pie suspendido en el aire. Las cabezas se volvieron, y todas las miradas apuntaron a él, y con un último vistazo al cuerpo ensangrentado de Bourne. Entonces Arkadin se volvió a desvanecer en la selva.

Los celebrantes corrieron hacia el hombre herido en el suelo, dejando caer sus ofrendas sobre la escasa hierba donde él yacía de espaldas sobre la tierra. Bourne intentó incorporarse, pero no lo consiguió. Moira se arrodilló, y él tiró de ella hasta pegarle la boca a la oreja. La sangre le había empapado la pechera de la camisa y goteaba ya sobre la tierra.